

año 1714, tela multicolor en la cual destácanse el rojo y verde en fondo pardo, gris plata, es de un acendrado misticismo en la mirada y movimiento de los labios; La Entrada del Arzobispo Morcillo en Potosí, suceso acaecido el 26 de abril de 1716, obra dividida en tres partes de enormes proporciones y en la cual hay espléndidos retratos de los principales personajes potosinos y en el centro se divisa el de Holguín; dentro de una gran sobriedad resaltan los colores pardo y siena. De bello y resplandeciente colorido es el lienzo de la Sagrada Familia con Santa Ana, pintado al fin de los días del maestro. La Huida a Egipto y Descanso en la Huida, son dos telas de mucha gracia, en la primera San José toma al Niño y en la otra los ángeles velan el sueño del Divino Infante; ambas representan, por el ropaje de la Sagrada Familia y el colorido, lo más típico de la pintura barroca andina durante la Colonia.

Entre las últimas obras firmadas que se conservan de Pérez de Holguín, están los cuatro evangelistas, los cuales para distinguirlos de aquellos de 1714, dicen los autores del Cuaderno en referencia que los llaman "figuras enteras". "Tienen la característica de que en el fondo de cada uno de los cuadros se desarrollan episodios del Evangelio, del santo a quien se pinta. La figura principal del cuadro está muy bien pintada. Se nota la maestría del artista en el tratamiento de los paños y las carnaciones".

Esperamos los nuevos Cuadernos anunciados que divulgarán las escondidas obras maestras del arte boliviano.

<https://doi.org/10.29393/At394-144JDA10144>

La Jaula por dentro, de ENRIQUE ARAYA. Buenos Aires

En Chile se publicó *La Jaula por dentro*, en 1955 y, cuatro años más tarde, la editorial Carlos Lohlé de Buenos Aires hizo una segunda edición que ha tenido grande éxito en Argentina, donde su autor ejerce el cargo de agregado cultural de nuestra Embajada.

La turbamulta de complicaciones que trae consigo la vida moderna pone a la gente malhumorada, y esto se agrava si faltan los medios económicos para subsistir y el hombre debe hacer frente a los gastos que demanda una numerosa familia. En general, la gente se desespera ante la babélica confusión de nuestra época, máxime si carece de medios para vivir honestamente; son pocas las personas que permanecen inalterables y mucho menos las que saben buscarle a la existencia el lado cómico.

Enrique Araya, humorista de buena ley, sabe sacar partido de las mil contrariedades que ofrece la vida diaria y gusta de escribir obras con cierto colorido autobiográfico como en *La Luna era mi tierra*, cuyas cuatro ediciones hablan en elogio de la obra mejor que los críticos más exigentes. En *La Jaula por dentro* se advierte mucho más claramente la confesión personal del autor. Enrique Araya, padre prolífico, se encontró sorpresivamente con las responsabilidades del jefe de hogar y él, en vez de ofuscarse, buscó desahogo en la pluma y en forma epistolar narra las cuitas de la vida hogareña: "Ahora sé —dice— por experiencia directa, que ese ambiente manso de que disfrutaban los hijos descansa sobre la tragedia del padre; que cada bocado cuesta un esfuerzo doloroso; que cada frazada, palo de leña de la chimenea,

cada gracia de la "guagua", o, aun, cada éxtasis amoroso está íntimamente relacionado con un esfuerzo y sus consiguientes sinsabores. Felices los inconscientes y los incultos porque pueden disfrutar de los llamados placeres de la vida sin contabilizarlos en la correspondiente columna de los padecimientos del trabajo".

En las cartas a su amigo Alberto, el acongojado padre de familia refiere sus preocupaciones: las deudas le atormentan y pide crédito al Banco Celestial; el problema de las criadas, los juegos interminables de los niños, las cuentas pendientes de los colegios de la prole; las levantadas en las noches y las largas vigilias para cantar a los chicos: "Señora Santa Ana - carita de luna", y muchas otras cosas más, convierten la vida de Plácido Silva en un Infierno. "No creo que en el Infierno haya fuego, llamas, mucho calor, expresa a su hermano. Para hacer sufrir a la gente son mucho más eficaces algunas medidas más económicas. Una numerosa familia, sin empleadas ni situación pecuniaria, es mucho más terrible que el fuego más intenso. Las doctrinas teológicas deben irse adaptando a las modalidades de las diversas épocas. Cuando se creó la del fuego infernal no existía el problema de las empleadas domésticas y por eso se pensó que el peor martirio sería el del fuego. Ahora no sucede lo mismo: lo sé por experiencia propia" (pág. 103). El hombre está enjaulado, prisionero de sus diez hijos y de todos los problemas que trae consigo una familia numerosa.

En un estilo sin muchos aderezos, pero chispeante, Enrique Araya ha escrito este cuadro bien realista de la apremiante situación en que viven aquellos padres con familia numerosa.

El humorismo y gracejo de *La Jaula por dentro* hace reír de buena gana al lector; pero el libro es también una lección para aquellos padres que se amedrentan ante las dificultades de la vida y la toman demasiado en serio.

Las Nubes y los Años, de FERNANDO GONZÁLEZ URÍZAR.
Ed. Nascimento, 1961

Este libro de versos confirma la presencia de un nuevo gran poeta lírico chileno.

Las cosas de la naturaleza y de la vida, en las cuales se inspira sencillamente el poeta, son las nubes que vienen y van en el curso de los años. En general los motivos o temas escogidos por González Urizar, salvo unos versos de los que exhala mal olor, son nobles, simpáticos y graciosos, todos tienen ese atractivo encanto de la simplicidad: el poeta, sin esfuerzo, se inspira en las personas y cosas que le rodean y, en lenguaje apacible y dolorido, con figuras originales y muy claras, canta desde el fondo del corazón sin perder la brújula de la inteligencia.

Los mejores poemas de González Urizar son aquellos por donde pasa la sombra de su madre, allí el poeta se eleva a una altura sideral: En *Nunca y la Lluvia*, dice: "Hundo la mano en sueños de otro tiempo — y surges, madre, temblorosa y muda — blancas las sienes, la mirada pura, — límpida